

NATICA JACKSON

JOHN O'HARA

Traducción de David Paradela López

CONTRA

Natica Jackson · Ninety Minutes Away

© 2017, John O'Hara

Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: David Paradela López

Diseño: Setanta

Maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Febrero de 2017

© 2017, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2016, David Paradela López, de la traducción

© Weegee (Arthur Fellig)/International Center of Photography/Getty Images, de la foto de la cubierta (mujer en un bar del Greenwich Village, Nueva York, 1956)

© Katherine Young, del retrato de John O'Hara de 1945

ISBN: 978-84-946527-0-7

Depósito Legal: DL B 499-2017

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



NATICA JACKSON

(1966)

Una tarde, mientras volvía a casa desde el estudio en su Packard 120 coupé amarillo crema, Natica Jackson torció adrede por la calle equivocada. En los tres años que llevaba en nómina de la Metro, todos los días que iba a trabajar había seguido la misma ruta entre Culver City y su casa de Bel-Air: Motor Avenue, Pico Boulevard, Beverly Glen, Sunset Boulevard, Bel-Air. Por la mañana, Bel-Air, Sunset Boulevard, Beverly Glen, Pico Boulevard, Motor Avenue, Culver City, el estudio. Le gustaba decir que podía recorrer el trayecto hasta durmiendo, y es que, algunas mañanas, entre su estado e ir dormida la diferencia no era mucha. Por las tardes y a primera hora de la noche, pese al cansancio, las cosas eran distintas. El motivo por el que eran distintas era que cuando terminaba de trabajar se sentía como si saliera del colegio. Por aquel entonces, sus tiempos del instituto estaban lo bastante próximos como para tener esa sensación. No hacía tanto desde que aquel cazatalentos de la Warner la viera en una obra de teatro escolar en Santa Ana y la animara a cruzar las cincuenta mil millas que la separaban de Hollywood. Le hicieron un contrato por siete años, empezando en 75 dólares semanales, y a los seis meses se lo rescindieron, justo antes de que tuvieran que empezar a pagarle 125 a la semana. Después de eso se buscó un agente gracias a cuya ayuda un tipo de la Metro descubrió que la muchacha sabía cantar y bailar, y al poco tiempo los espectado-

res descubrieron que había algo en la separación de sus ojos y la longitud de su labio superior que la hacía destacar y los incitaba a querer conocerla. Entre tanta mujer hermosa y tanta chica guapa, ella era la que gustaba al público. Se convirtió en la sobrina preferida de todo el mundo, y, además, las medias negras le sentaban de fábula. El estudio la obligó a actuar con Eddie Driscoll en dos musicales espantosos, el segundo tan espantoso que bajó de cartel antes de tiempo, pero a Jerry B. Lockman le bastó con lo que había visto para querer sacarla en una comedia no musical que estaba produciendo, y la muchacha eclipsó al resto del reparto. Y tanto que lo eclipsó. Entre los directivos no se ponían de acuerdo en si Natica Jackson tenía o no madera de estrella, aunque lo que era innegable era que estaba lista para el estrellato. No un estrellato a lo Garbo o a lo Myrna Loy, pero sí un estrellato a lo Joan Blondell, vaya si no, y quién sabe si, a lo mejor, haciendo las películas adecuadas, podía acabar convirtiéndose en la nueva Jean Arthur. Al público lo tenía chiflado. Quizá no fuera capaz de defender una película en solitario, pero cuando figuraba en el reparto la gente salía del cine diciendo lo maravillosa que era.

La casa de Bel-Air la compró con un dinero que aún no había ganado, pero su agente sabía lo que se hacía cuando la ayudó a financiarla.

—No quiero verte zascandileando en uno de esos apartamentos de Franklin Avenue —dijo—. Yo pienso a diez años vista, en cuando estés ganando fácilmente doscientos mil dólares al año. Dile a tu madre que se vaya a vivir contigo y no salgas de noche.

—Y adiós diversión —dijo Natica.

—Depende de qué tiendas tú por diversión. Tienes a Jerry Lockman.

—Él no puede llevarme a ningún lado —dijo ella.

—Ya te llevaré yo adonde sea necesario. Y si yo no puede llevarte, es que no deberías ir.

—No quieras convertirme en algo que no soy —dijo Natica.

—¿Y qué sabrás tú lo que no eres? ¿Conoces a Marie Dressler?

—¿Annie la morsa?

—¿Sabes con quién se codea? Con los Vanderbilt, los Morgan y esa clase de gente. Tendrías que ganar en un año lo que ella gana.

—Pues espero que se divierta más que yo.

—Y yo espero que te diviertas tanto como ella cuando tengas su edad. Tiene más de sesenta años y gana lo que gana. La gente como Dios manda la tiene en alta estima. Si con Jerry no te van bien las cosas, búscate a otro más joven. Basta con que no te juntes con un batería de club de jazz de pacotilla. Buscaré por ahí, a ver si te encuentro a un chico adecuado. Podría haberte contado un par de cosas sobre Jerry, pero tú no me tomaste confianza hasta que ya era tarde. De todos modos, aún podemos deshacernos de él. Hace tiempo que dejaste de hacer su clase de películas. Tengo mucha confianza en tu futuro, Natica. Y no me refiero a la semana siguiente o a la otra, ¡sino a mil novecientos cuarenta, cincuenta, sesenta!

Natica llevaba suficiente tiempo en Hollywood como para tenerle respeto a su agente, y lo obedecía en todas las cosas. Morris King era rico, agente por vocación, y no uno de esos representantes de artistas que viven con la esperanza de obtener una vinculación permanente con alguno de los estudios. Morris había rechazado ofertas para convertirse en productor. «Me quedaría el puesto de L. B. Mayer si me lo ofrecieran, pero no el de Eddie Mannix o el de Benny Thau», decía. Poseía una mansión en Beverly Hills, una limusina Cadillac de dieciséis cilindros con un chófer negro vestido con bombachos y polainas, y tenía a Ernestine, su esposa, quien según otros agentes era el verdadero cerebro de la Agencia Morris King. Ernestine se sentaba con Morris en el Beverly Derby, el Vine Street Derby, la taberna de Al Levey, el Vendome y el Lyman's, posaba sus rechonchos antebrazos sobre la mesa con las manos entrelazadas y seguía la conversación de los hombres con chirititas en los ojos. Esperaba, siempre esperaba, hasta que Morris o cualquiera de los hombres le preguntaban qué pensaba *ella*, y sus opiniones eran siempre tan agudas o tan absolutamente destructivas que los hombres asentían en silencio aun cuando disintieran de su parecer. Tenía opiniones acerca de todo: quién iba a ser el

próximo jefe de la Universal, quién iba a ganar la final en el Legion Stadium, por qué Natica Jackson merecía las atenciones personales de Morris King. «Ernestine piensa como un hombre —dijo un agente rival—. Hace un par de noches estuve hablando con ella y con Morris. Discutíamos a propósito de algo y, mientras charlábamos, me saqué un par de puros del bolsillo y sin darme cuenta le ofrecí uno a Ernestine. No lo hice con ninguna intención. Es lo que digo: piensa como un hombre, y lo hice como quien le ofrece un puro a un hombre. ¿Y creéis que se molestó? No, no se molestó. ¿Sabéis lo que dijo? “El cumplido supremo”, dijo. No voy a decir que ella sea la única con cerebro en esa agencia, pero seguro que cuando hay que pensar el mérito es suyo al cincuenta y uno por ciento. De verdad que lo creo. Por cierto, aceptó el puro. Ella no fuma, pero lo quiso de *souvenir*, a modo de recuerdo.»

Los King no tenían hijos, y a sus cuarenta y cuatro años Ernestine estaba tan hecha a la idea de no tenerlos como a los veintidós lo había estado al miedo de quedarse embarazada. A los dos les encantaba el trabajo de Morris y salir todas las noches, y los dos se querían. Sin embargo, Morris creía vislumbrar la causa del interés de Ernestine por Natica Jackson.

—Es un poco como tú, Teeny —dijo un día—. Si tuvieras una hija, sería como ella. Incluso se te parece de cara.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —dijo Ernestine.

—Listo quizá no, pero tonto tampoco —dijo Morris—. Si no quieres decírmelo, no pasa nada. Pero tengo ojos en la cara.

—Eso ya lo sé, cariño —dijo ella—. Pero yo nunca fui tan guapa como Natica Jackson. No puedo pretender lo contrario.

—Solo digo que se te parece de cara. No he dicho que fuera tu réplica exacta.

—¿Y si fuera mi réplica exacta? ¿Irías detrás de ella?

Morris se frotó el mentón como si se estuviera arreglando la perilla.

—¿Sabes lo que creo? Creo que tratas de averiguar si voy detrás de ella. Como si hubiera notado vuestro parecido hace dos o tres años y me hubiera convencido de que era la versión moderna de

Ernestine Schluter. Pues bien, si eso es lo que piensas, te equivocas. La primera vez que la vi me di cuenta de que tenía un par de piernas como las de Ruby Keeler y una de esas caritas al estilo de Claudette Colbert, solo que no tan guapa.

—Claudette también tiene un buen par de piernas.

—Te estoy diciendo lo que pensé, no lo que piensas tú ahora, si me permites que continúe —dijo Morris—. Total, que se la coloqué a la Metro. Entonces a ti te gustó y al público también le gustó, y tú poco más o menos que la tomaste bajo tu protección. En cuanto a lo de ir detrás de ella como hizo Jerry Lockman, no tienes motivos para sospechar.

—Eso ya lo sé, Morris, ya lo sé. Lo decía por chincharte un poco —dijo Ernestine.

—Ya. Pero te traes algo entre manos y no sé lo que es —dijo él.

—No es nada. Mi interés por Natica es como el de esos hombres a los que les da por apadrinar a un boxeador, puro pasatiempo.

—¿Quieres apadrinarla tú? Si quieres, te vendo su contrato y te ocupas tú de ella.

—No. Lo último que querría es ser una mujer agente. Pero me gustaría tener voz y voto en su carrera, por puro pasatiempo.

—Muy bien.

—Empezando por darle la patada a Jerry Lockman.

—Eso es fácil. Está de Jerry hasta la coronilla.

—Yo también, y además ya ha estado suficiente tiempo con él. Aquí todo el mundo conoce a Jerry y sabe que es especialito, pero si Natica sigue siendo su chica, acabarán pensando lo mismo de ella. Búscales otro chico. Un inglés, o un escritor, aunque sea un mariquita confeso, me da igual, la cuestión es que sea alguien que pueda acompañarla a los sitios.

—¿Quieres que le busque otra chica a Jerry?

—Eso no es difícil. En esta ciudad las hay a patadas. La próxima que se presente en tu despacho se la mandas a Jerry.

—Lo veo factible —dijo Morris—. Pero tú tendrás que encontrarle un chico a Natica.